

RECENSIONES

Rubiera Cancelas, Carla; García-Ventura, Agnès; Méndez Santiago, Borja (eds.), *Cuerpos que envejecen. Vulnerabilidad, familias, dependencia y cuidados en la Antigüedad*. Madrid, Editorial Dickynson, 2023. 309 p. ISBN 9788411229333.

Los grupos marginales de la sociedad en el mundo antiguo, ya sea por razón de edad –niños, ancianos–, sexo –mujeres–, situación legal –esclavos, extranjeros– o prejuicio social –enfermos, mendigos– están recibiendo en los últimos años la atención que se merecen por parte de la investigación. Buena prueba de ello es el libro que reseñamos, que se centra en la percepción de la vejez, o mejor dicho de la etapa final de la vida humana, en las distintas civilizaciones del mundo antiguo. *Cuerpos que envejecen. Vulnerabilidad, familias, dependencia y cuidados en la Antigüedad*, título de la obra, constituye un volumen colectivo que tiene su origen en una conferencia organizada por la Universidad de Coimbra en 2021 en torno al significado de la vejez en las sociedades antiguas. A las contribuciones iniciales se han sumado otras más hasta el total de 15 que comprende el volumen para dar cabida así a la práctica totalidad de las culturas mediterráneas y del Próximo Oriente. Dejando a un lado los dos primeros artículos de carácter teórico e introductorio, dos contribuciones tratan la senectud en Egipto, dos en el área siro-mesopotámica, una en el mundo fenicio-púnico, cinco en el mundo griego, y tres en el mundo romano, lo que implica un amplio espectro geográfico, presentado en orden cronológico.

Tanto el prólogo, debido a los editores Carla Rubiera Cancelas, Agnès García-Ventura y Borja Méndez Santiago, como la primera contribución de carácter teórico-historiográfico, *Revisitando la(s) vejez(ces) en el mundo antiguo (2003-2023) ¿Categoría, característica, o discapacidad?*, a cargo de Christian Laes, reputado especialista en el tema, insisten en la necesidad de insertar el estudio de la vejez en el conjunto general de la sociedad correspondiente y no aislarlo, así como en la dificultad de definir el término, dado que, más allá de los cambios físicos que conlleva la ancianidad, el linde cronológico de la vejez y la consideración de un ser humano como un anciano son en el fondo constructos culturales que varían en cada sociedad. Laes hace un repaso en su artículo a las obras principales aparecidas en los últimos años que han contribuido a cimentar la investigación sobre la senectud en el mundo antiguo, y parte de ellas para establecer premisas de futuro. En este sentido, aboga por un acercamiento pluridisciplinar, que se aleje lo más posible del criterio actual que determina la vejez, ligado a la productividad y a la capacidad / incapacidad laboral, para asumir perspectivas presentes a lo largo de la historia en varias culturas, como el geronticidio o la gerontofobia, la autoridad y el poder reconocido a los ancianos, la diferencia entre la manera de envejecer socialmente entre hombres y mujeres, o la posición de los ancianos en el núcleo familiar, de lo cual constituyen un ejemplo excelente las distintas contribuciones al volumen.

Por su importancia a la hora de establecer una posible definición del término senectud, cabe destacar la contribución de María Secades Fonseca, la segunda de carácter teórico-introductorio, ya que en ella la autora establece con mucha claridad que, por ser la senectud un concepto construido socialmente, nos podemos acercar a él desde el análisis histórico, eso sí siempre y cuando consigamos superar la limitación impuesta por los criterios que hasta ahora se han usado para definir la vejez. Tanto el criterio cronológico, propio de la sociedad actual con su edad de

jubilación, como el criterio cualitativo –falta de productividad o utilidad social– o el biomédico –decrepitud, disfuncionalidad, demencia, pasividad, dependencia– e incluso el apologetico –visión idealizada de la vejez– no resultan del todo útiles por la inexistencia muchas veces de esos criterios en las sociedades antiguas, regidas por otro tipo de condicionantes sociales. Ello implica que no se puede ni generalizar ni victimizar. De ahí que Secades incida en la necesidad de una perspectiva contextual, ya que cada cultura posee un itinerario existencial propio.

Ejemplo de ello es el análisis que proporciona Nuria Castellano Solé sobre la vejez en el antiguo Egipto, un análisis basado ante todo en los textos, que nos acerca a la doble perspectiva egipcia de la vejez, la positiva, que resalta la suerte de haber alcanzado una edad provechosa y la sabiduría que la acompaña, y la negativa, marcada por las dolencias asociadas. Castellano señala que en Egipto se es anciano si se tienen hijos mayores, si se muestran signos de decrepitud o si se está incapacitado para realizar el trabajo de modo satisfactorio independientemente de la edad. Igualmente apunta que los signos de decadencia física –alopecia, cabellos blancos, arrugas, abdomen flácido, espalda encorvada, apoyo en un bastón–, visibles en el signo jeroglífico que denota el anciano, podían ser interpretados de modo distinto en función de la clase social, siendo símbolo de sabiduría y poder en las clases altas, y de deterioro físico en las bajas, prueba ineludible de la imposibilidad de usar criterios generalizadores. Por ello resulta especialmente interesante la explicación que la autora proporciona de la expresión egipcia que da título a la contribución, “Envejecer en Egipto: ¿Quién necesita un bastón para la vejez?”, ya que nos adentra en la vejez en el contexto familiar, donde los hijos, naturales o adoptados, han de cuidar y mantener a los padres, redactándose para ello contratos en los que se especifican las obligaciones filiales a cambio de compensaciones. La expresión egipcia, que recuerda la española “báculo para la vejez”, se aplicaba incluso en el ámbito administrativo, donde un funcionario entrado en años podía solicitar “un bastón para la vejez”, es decir un ayudante que le aligerara el trabajo –generalmente un hijo–, que después le sucedería en el cargo. De nuevo, en contra de lo que pudiera esperarse, la solicitud no era exclusiva de los altos puestos de la administración, sino que también se daba en cargos de menos importancia. Una muestra más de la imposibilidad de generalizar.

Luciana Urbano en “Género, jerarquías y edad. Reflexiones desde el análisis de las fuentes paleobabilónicas de Mari (s. XVIII a.n.e.), Tell Hariri, Siria”, la primera de las dos contribuciones dedicadas al Próximo Oriente, ofrece una interesante aproximación a la senectud en dos grupos de mujeres asociadas a la corte de Mari, las cortesanas tañedoras de música y las reinas madre. Urbano parte del concepto “clase de edad” para tratar la dispar situación de ambos grupos una vez perdidos los atributos físicos que las fijaban socialmente, la belleza en las primeras y la fertilidad en las segundas. Urbano muestra como la aparición del envejecimiento en las primeras supone una pérdida de privilegios y posición social, mientras que no ocurre lo mismo con el segundo grupo; al contrario, la nueva situación reporta a las reinas-madre una posición de poder y autoridad mayor que las convierte en piezas clave de la política del reino de Mari. Esta diferencia es la que Urbano define con el término “clase de edad”, dado que, como en Egipto, la posición social podía modificar la percepción de un mismo fenómeno biológico, en este caso la llegada de la madurez. También en el entorno familiar se sitúa la segunda contribución próximo-oriental. Daniel Justel Vicente subraya en el artículo “‘Os devolveré en la vejez lo que habéis hecho por mí’. El cuidado de los padres adoptivos a partir de los contratos de adopción siro-mesopotámicos”, el uso de los contratos de adopción, tanto de menores como de adultos, como uno de los mecanismos sociales a los que las personas mayores, especialmente aquellas sin descendencia, podían recurrir para

asegurarse el sustento en la vejez y los ritos funerarios debidos. Justel, sin embargo, no considera que en Mesopotamia pueda hablarse de anciano en términos cronológicos, pese a la existencia de algunos textos en ese sentido.

La única contribución relativa al ámbito fenicio-púnico, “la vejez femenina en el ámbito fenicio-púnico”, es también la más arqueológica, ya que se basa en el análisis de varias necrópolis fenicio-púnicas. No obstante, tanto o más reseñable que el estudio de los datos funerarios, es la primera parte del artículo donde las autoras se acercan a la vejez femenina desde un punto de vista más teórico. Así resaltan la necesidad de distinguir tres tipos de edad, la biológica, la cronológica y la social, pese a las limitaciones del registro arqueológico, para entender mejor la posición de la mujer en el seno de la sociedad; así como la percepción dual de la vejez, que fluctúa entre la atribución de una autoridad moral al anciano a la descalificación por causa de la debilidad corporal y la dependencia asociada. El artículo contiene asimismo una interesante comparación entre la imagen ideal del cuerpo femenino que proporciona la iconografía y el deterioro físico de la vejez observado en los cuerpos estudiados desde la paleopatología y la paleoantropología.

Nadine Bernard inicia la serie de cinco contribuciones dedicadas a Grecia con “¿Envejecer en familia? En busca de los abuelos en el mundo griego”. En ella, Bernard se adentra en el poco conocido mundo de las relaciones abuelos-nietos en la antigua Grecia, en gran parte debido a la escasez de testimonios, ya sean menciones en textos o representaciones en estelas y cerámicas. Pese a ello, resulta evidente el papel social desempeñado por los abuelos en el seno de la familia griega, tanto como protectores como dadores de cariño, además de simbolizar la mayor dicha a la que se puede aspirar, conocer a los hijos de los hijos. Margarita Moreno Conde, en cambio, parte de la iconografía vascular griega para analizar la vejez en Grecia en “Los múltiples rostros de la vejez en la cerámica griega. Algo más que cuerpos vulnerables”. La autora subraya la distinta percepción que se desprende de las representaciones vasculares frente a las fuentes textuales, dado que en estas últimas se tiende a remarcar la dicotomía habitual en el mundo antiguo entre la visión positiva ligada a la sabiduría y la negativa derivada de la degeneración física y mental. En la cerámica, en cambio, la vulnerabilidad es más matizada, no muy alejada de otros grupos vulnerables, como los heridos o enfermos. Moreno subraya asimismo la escasez de divinidades protectoras de la vejez, así como la asociación presente en el mundo griego entre vejez y mortalidad, por ser el envejecimiento uno de los rasgos distintivos de un mortal. Por último, resume la tipología e iconografía de los ancianos representados en cerámica, que responden a unos atributos –calvicie, cabellos blancos, arrugas, espalda encorvada, delgadez extrema o sobrepeso– y tipos –padre anciano, adivino, pedagogo, nodriza– concretos.

Jurgen Gatt, en su contribución “Growing Old and Becoming Epileptic in *On the Sacred Disease*”, es el único que se adentra en el terreno médico al explorar la relación entre edad y enfermedad en el tratado hipocrático *Sobre la enfermedad sagrada*. Gatt considera que el uso de categorías de edad en el tratado, más allá de un evidente recurso retórico, constituye un medio para establecer diferencias en la evolución y resultado de una enfermedad. Por su parte, Aida Fernández Prieto retoma el tema de la vulnerabilidad de los ancianos en “El ciudadano frente a la vejez: vulnerabilidad y formas de ‘asistencia pública’ en la Atenas democrática”. La autora examina la legislación ateniense y las medidas orientadas a proporcionar asistencia a los mayores, como la *gerotrophia* u obligación de los hijos de cuidar de sus padres; las subvenciones estatales en caso de hijos fallecidos en combate y otros tipos de pagos públicos. Fernández sostiene que sí hubo, al

menos en la Atenas democrática, una preocupación social por los ancianos, limitada no obstante a los varones. Las ancianas, en tanto que no ciudadanas, estaban obligadas a ejercer ciertos oficios que les aseguraran un mínimo sustento. Borja Méndez Santiago finaliza el bloque griego con “Vejez y discapacidad en las *Vidas Paralelas*. Un primer acercamiento”. El autor recurre al escritor Plutarco para indagar en la visión griega de la discapacidad. Para ello, lleva a cabo primero un resumen de la investigación actual sobre el tema y se centra después en las fuentes literarias griegas, que sólo a partir del s. IV a.C. empiezan a descartar que la discapacidad sea un castigo divino. Los ejemplos extraídos de las *Vidas Paralelas* le llevan a afirmar que Plutarco emplea las actuaciones de personajes importantes con alguna discapacidad como ejemplo moral del tipo de comportamiento deseable en cada franja de edad.

Sara Casamayor Mancisidor firma la primera de las tres contribuciones de mundo romano, “Envejecer con dolor crónico en la Roma antigua”. El artículo se aproxima a la vejez a través del análisis de textos relacionados con la gota, enfermedad asociada en Roma a la ancianidad y también a un tipo de vida disipada. Casamayor explora las percepciones de esta enfermedad crónica según se desprende de los textos, así como las implicaciones físicas y emocionales que conllevaba para quien la padecía, ya fuera hombre o mujer. Así, la respuesta a la enfermedad demostraba la cualidad moral del enfermo si exteriorizaba su padecimiento según las normas aceptadas de expresar el dolor, al tiempo que las limitaciones físicas derivadas de ella mostraban su fortaleza de ánimo al verse obligado a renegociar su capacidad de movilidad y sociabilidad. La autora no oculta que los testimonios que se poseen pertenecen a la clase alta romana; sin duda en otros estamentos sociales la consideración de la enfermedad sería distinta.

La vejez de los esclavos constituye el tema de la contribución de Carla Rubiera Cancelas, “Vejez y esclavitud. Trabajo, salud, placer y muerte en la literatura romana”. Tras hacer un balance de las obras que se han acercado a este tema con anterioridad y resaltar la escasez de datos disponibles, la autora parte de las restricciones que según Cicerón en *De Senectute* conlleva la vejez –imposibilidad gestión negocios, debilitamiento de la salud, privación de los placeres– para establecer un paralelismo en el ámbito de la esclavitud, donde la disminución de la productividad y acaso, en las mujeres, la pérdida del atractivo físico, serían los aspectos más determinantes. Ello explicaría el recurso a la venta o abandono de los esclavos ancianos, que la ley romana hubo de limitar, frente al menos habitual cuidado y manutención, circunscrito a aquellos casos en que el afecto marcaba la relación amo – esclavo. De los esclavos pasamos a los libertos. Tatjana Sandon lleva a cabo en “Older Freedwomen in the Light of epigraphic Evidence: an analysis of social relations” un interesante análisis de los epitafios funerarios de mujeres libertas de los s. I a.C. a IV d.C. desde el punto de vista de la edad de fallecimiento, estatus conyugal y familiar, así como de quienes comisionaron la tumba. El resultado es una ventana abierta a la situación de las mujeres esclavas manumitidas, que pone de manifiesto su completa inserción en la sociedad romana, una amplia red de relaciones y amistades, y unos vínculos familiares muy fuertes, normalmente con sus antiguos amos. Estudios como éste demuestran la potencialidad de la óptica de la vejez para adentrarse en temas sociales del mundo antiguo.

Cierra el volumen María Jesús Albarrán Martínez con la contribución titulada “Aspectos esenciales de la vejez en el Egipto tardo-antiguo: consideración social y responsabilidad familiar”. Albarrán retoma el estudio de la vejez en Egipto, centrado ahora en la etapa tardo-antigua, del s. IV al VII. A juzgar por los textos presentados, no existe gran diferencia en el cuidado y consideración

de los ancianos con respecto a la etapa faraónica o ptolemaica, salvo en aquellos aspectos derivados de la difusión del cristianismo. En su opinión, el cristianismo introdujo dos cambios significativos. Primero, la aparición de instituciones, bien privadas bien eclesiásticas, que velaban por los menesterosos, enfermos, viudas y ancianos. Y segundo, la sustitución de la familia biológica por la familia espiritual en cenobios y comunidades ascéticas, dado que el ascetismo suponía la renuncia a la familia y a los hijos. La posibilidad de recluirse, bien en la propia casa, bien en una comunidad, recibiendo todas las atenciones necesarias, significó una nueva manera de abordar los últimos años de la vida incluso para personas con familia propia. La autora concluye además que el ascetismo ayudó a reforzar la visión positiva de la ancianidad, puesto que el asceta era visto como ejemplo de vida y autoridad, de lo cual era testimonio su longevidad.

Más allá de los méritos evidentes del volumen, se aprecian como en toda obra colectiva pequeños desajustes en la tipografía, redacción, transcripción de topónimos y antropónimos, o la adaptación al español de términos teóricos acuñados en otras lenguas, a menudo de base griega. Sin duda, éste último aspecto, reconocido por los propios autores, puede mejorar a medida que se vaya asentando la investigación sobre la senectud en lengua española. Hubiera sido deseable asimismo una mayor calidad en las ilustraciones, y el uso de fuentes apropiadas en el caso de los jeroglíficos, dado que el método utilizado desconfigura los párrafos y altera la sucesión ordenada de las palabras. No obstante, esos pequeños defectos quedan perfectamente subsanados por lo que aporta el volumen a la investigación sobre la vejez en el mundo antiguo. Una vejez que aparece definida con algunos rasgos comunes, en especial en la tipología iconográfica, en la doble valoración positiva – negativa presente en casi todas las sociedades estudiadas, en la variabilidad de la percepción en función de la clase social, sexo y estatus legal, así como en los mecanismos al alcance de los ancianos para asegurarse un sustento en esta etapa final de la vida. Se entiende que se proponga hablar de vejez y no de vejez, o al menos que se insista en la pluralidad de perspectivas. Por último, cabe agradecer que se editen volúmenes de jornadas y reuniones, algo difícil normalmente, y más si, como en este caso, la versión en papel va acompañada, si se desea, de una versión electrónica.

Teresa Magadán
IPOA, Universitat de Barcelona

Jesús Herrerín López y Miguel Ángel Sánchez, *La momificación egipcia. La vida eterna paso a paso*, Editorial Almuzara (Córdoba, 2023), 607 pp., ISBN 978-84-15462-84-2.

La práctica de la momificación egipcia es un arte que ha fascinado a la humanidad desde tiempos remotos. Autores de la Antigüedad Clásica como nuestro padre de la Historia, Heródoto, ya mostraron una gran fascinación por la complejidad de este proceso, describiendo minuciosamente los detalles de esta práctica, lo que nos ha servido para conocer los entresijos de este arte. En la actualidad, sigue siendo un tema de gran interés tanto para especialistas en el Antiguo Egipto como para el público general. En el libro *La momificación egipcia. La vida eterna paso a paso*, Jesús Herrerín y Miguel Ángel Sánchez nos introducen en esta práctica desde múltiples perspectivas: documental, historiográfica, arqueológica y, especialmente, la Antropología Física, disciplina de la que son expertos. A lo largo de las páginas, los autores presentan un análisis

detallado, pero a la vez accesible, utilizando un lenguaje claro que atrae al lector desde el primer momento, pero sin sacrificar el rigor científico, recurriendo a la abundante terminología antropológica que caracteriza a este tipo de monografías.

Este volumen constituye una contribución muy significativa y de referencia al estudio de la momificación en el Antiguo Egipto. La estructura del libro es meticulosa y detallada, abarcando desde los fundamentos históricos de la momificación hasta los procesos específicos, como la extracción del cerebro y de las vísceras, el vendaje de la momia, el uso de amuletos y adornos o las prótesis. Cada capítulo está perfectamente organizado, con clara progresión de los temas que facilita la comprensión del complejo proceso de momificación. La inclusión de numerosos ejemplos y la cronología detallada añaden profundidad al análisis y proporcionan un contexto histórico necesario para entender la evolución de las prácticas funerarias egipcias. Probablemente, uno de los puntos fuertes del libro es su capacidad para interrelacionar datos arqueológicos, antropológicos y paleopatológicos con fuentes clásicas, papiros y representaciones iconográficas. Este enfoque multidisciplinario enriquece la comprensión del lector sobre cómo se practicaba la momificación y cuál era su significado cultural y religioso.

EL libro arranca con un breve prefacio de José Manuel Galán (pp. 11-13), director del Proyecto Djehuty-CSIC del que los autores son miembros, seguido de una serie de agradecimientos a los colaboradores (pp. 15-17), para entrar en materia con una pequeña introducción concisa sobre el proceso de momificación (pp. 19-25), explicando y diferenciando entre tres tipos: momificación natural, resultado de procesos naturales ambientales o tafonómicas del entierro; momificación artificial/natural, donde existe una intención de posicionar el cuerpo para facilitar la momificación mediante condiciones ambientales, pero sin intervención directa en el proceso; y momificación artificial, en el cual especialistas embalsamadores aplican un tratamiento específico en el cuerpo para lograr su preservación, independientemente de las condiciones ambientales o del tipo de enterramiento. Los autores ilustran estos procesos con ejemplos de diversas regiones del mundo, posicionando un enfoque global y detallado del fenómeno.

El capítulo I, *La momificación en el Antiguo Egipto* (pp. 27-60), sirve como una introducción exhaustiva a este proceso en la civilización egipcia. En él los autores exploran los orígenes etimológicos de los términos “embalsamar” y “momificación”, relacionándolos con aspectos históricos y curiosidades como el uso del famoso “polvo de momia”, y que era utilizado con propósitos medicinales desde la antigüedad hasta prácticamente finales del siglo XVIII, su aplicación como pigmento en el arte, el “marrón de momia”, el interés científico temprano y los espectáculos de “desvendados de momias”, y que alcanzaron su apogeo durante la era victoriana. Además, el capítulo examina las condiciones ambientales del Antiguo Egipto, subrayando su idoneidad para la momificación natural, característica de las primeras momias del Periodo Predinástico, para concluir explicando la necesidad de la momificación como vía para preservar el cuerpo en las mejores condiciones posibles en su viaje al Más Allá, su relación con el mito de Osiris y una breve explicación final de las fuerzas espirituales.

En el capítulo II, *Historia del conocimiento de la momificación* (pp. 61-81), los autores detallan las diversas fuentes de información sobre el proceso de momificación. Identifican tres fuentes principales además de los estudios arqueológicos, antropológicos y paleopatológicos: los autores clásicos, los papiros y la iconografía y textos. Entre los autores clásicos destacan dos figuras que han proporcionado información muy valiosa sobre este proceso. El primero de ellos es Heródoto de Halicarnaso, que visitó Egipto en el siglo V a.C. En su obra *Historias*, y más concretamente en el segundo libro, dedicado en exclusiva a este país, ofrece la descripción más completa sobre la momificación detallando el proceso paso a paso, recalcando incluso diferentes

tipos de momificación en función de la riqueza del difunto. El segundo autor es Diodoro Sículo. La segunda fuente, los papiros, incluyen todos aquellos relacionados con este proceso, entre los cuales destacaría, entre otros, el pLouvre-Carlsberg. Por último, la tercera fuente, la iconografía y textos, nos describen las representaciones en las tumbas de Amenemhat (TT 218), dinastía XVIII, y Pepi-Ankh, visir de la dinastía VI y los textos funerarios de las pirámides. El capítulo concluye con un epígrafe dedicado a los “profesionales de la momificación”, describiendo a los distintos personajes que formarían parte de este proceso, como embalsamadores y sacerdotes-lectores, proporcionando una descripción de sus roles y responsabilidades durante el desarrollo de la preservación del difunto.

El capítulo III, *La momificación paso a paso* (pp. 83-102), abarca las diferentes fases del proceso de momificación. Los autores detallan cada etapa del proceso, que se extiende a lo largo de 70 días, basándose en las fuentes históricas y estudios historiográficos. Identifican cuatro fases principales: el duelo en la casa del difunto (días 1-4), momento en el cual comenzarían los primeros procesos asociados a la muerte, el traslado a la casa de momificación y el inicio de las intervenciones sobre el cuerpo (días 4-16), continuación del secado y deshidratación del cuerpo (días 16-35) y, por último, vendaje del cuerpo (días 35-70). En cada una de estas fases explican los procedimientos realizados sobre el cuerpo, como la extracción del cerebro y las vísceras, la deshidratación y vendaje. Además, en este capítulo se describen los cambios y procesos que experimenta el cuerpo tras la muerte, tales como la *Caloricidad postmortem*, *Algor mortis*, *Rigor mortis*, cambios en la pigmentación del cuerpo y los procesos de putrefacción. También se analizan otros elementos estructurales esenciales en el proceso de momificación, como la tienda de purificación y el taller del embalsamamiento.

A partir del capítulo IV, *Extracción del cerebro* (pp. 103-157), se detallan minuciosamente los tratamientos que se realizan en el cuerpo, empezando por el primero de ellos, la excerebración del difunto. Este procedimiento, probablemente uno de los más llamativos a nivel popular, ya fue destacado por los autores clásicos por su peculiaridad. Actualmente, no se comprende completamente la razón de esta intervención inicial, dado que el cerebro, a diferencia de las vísceras, no contribuye significativamente a la putrefacción. Dichos autores ya mencionaban que la extracción del cerebro se realizaba a través de las fosas nasales, sin embargo, estudios antropológicos modernos han revelado que ésta no era la única vía de extracción. Los autores del libro identifican tres métodos de tratamiento, ilustrados con numerosos ejemplos: la excerebración por las fosas nasales, la extracción a través del *foramen magnum* y la ausencia de excerebración. El capítulo finaliza con una descripción sobre la evolución de esta práctica en la vasta historia del Antiguo Egipto y una breve disertación sobre los posibles motivos de su extracción, pues el cerebro era un órgano que se desechaba, lo que ha dado lugar a diversas teorías más relacionadas con la religiosidad y el simbolismo que con la conservación del cadáver.

En el capítulo V, *Extracción de las vísceras* (pp. 159-224), los autores nos introducen sobre el proceso de extracción de los órganos, una característica distintiva de la momificación. Según las fuentes, esta evisceración se realizaba por medio de una incisión en el costado izquierdo del abdomen. Se trata de un procedimiento fundamental para evitar la putrefacción teniendo, además, un componente religioso, ya que eran ofrecidas a los dioses. Este proceso se realizaría inmediatamente después de la llegada del cuerpo a la tienda de momificación, donde era lavado y, en ocasiones, depilado. El corazón por su parte no era extraído; en caso de serlo se introducía y se colocaba en su lugar un escarabeo, si bien no todas las momias conservaban el corazón según los autores. A partir de análisis antropológicos, identifican dos tipos de evisceración: la primera, y más habitual, la evisceración transabdominal y, en segundo lugar, la evisceración a través del ano (*per*

anum). Una vez extraídos los órganos, según los autores, se lavaban con agua, se les aplicaba vino de palma y se deshidrataban con natrón. Tras este proceso, se ungían con aceite perfumado y resina, se envolvían en paquetes y se colocaban en pequeñas cajas o sarcófagos, que luego se introducían en los famosos vasos canopos. Los autores explican con detalle el origen de estos vasos y su evolución en la historia del Antiguo Egipto.

El capítulo VI, *Extracción de los ojos* (pp. 225-248), abordan la importancia de los ojos en la cultura egipcia. Los autores comienzan hablando de aspectos relacionados con la visión, remedios para la vista y su simbolismo en los textos escritos, entre otras cuestiones. A continuación, nos explican la anatomía ocular y los procesos de putrefacción de los ojos. Tras esta introducción, los autores nos introducen en el tratamiento que realizarían los egipcios a los ojos, donde, además, nos detallan su evolución en la momificación. Hasta el Reino Nuevo (ca. 1550-1069 a.C.) normalmente no se extraían, sin aplicar tampoco procedimientos de conservación alguno, pero se conocen una serie de ejemplos donde muchos restos momificados conservaron los ojos, posiblemente gracias a las condiciones ambientales. A partir del Tercer Periodo Intermedio (ca. 1069-664 a.C.) la extracción se volvió más habitual, siendo sustituidos por ojos artificiales y prótesis, para volverse menos habitual en época ptolemaica (332-30 a.C.) y desaparecer casi por completo, salvo excepciones, en época romana (30 a.C.-395 d.C.).

El tratamiento, limpieza y desecación del cadáver se detallan en el capítulo VII de la monografía, *Limpieza de las vísceras cavidades y vísceras* (pp. 249-314). Los autores nos introducen al vino de palma como sustancia más probable para la limpieza de las cavidades del cuerpo y órganos extraídos, destacando, además, las propiedades antibacterianas de los alcoholes. A continuación, describen el proceso de relleno temporal del cadáver, un paso crucial para su desecación. Se utilizaban diversos paquetes que contenían toda una serie de sustancias como polvo seco de natrón en bolsas de lino y paquetes de lino con aceites, resinas y serrín. Estos paquetes eran esenciales no solo para la desecación, sino también para evitar el colapso de la pared abdominal y reducir el mal olor. Seguidamente comenzaría el que sería, probablemente, el proceso más importante, la deshidratación de los tejidos blandos por medio del uso del natrón. Los autores nos explican la importancia de este elemento y sus principales zonas de extracción como *Wadi al-Natrum*, *el-Kab* y *Tell al-Barnugi*. Una vez deshidratado el cuerpo, los embalsamadores aplicaban una variedad de resinas, perfumes y aceites para devolver a la piel su textura y forma original, así como para prevenir malos olores. El capítulo concluye con una explicación de las propiedades de estas resinas y perfumes, sus lugares de procedencia y usos. También discuten el uso de otras sustancias como el betún, la cassia y canela para finalizar con el análisis de grasas animales y vegetales, los siete aceites sagrados, y el comercio y distribución de estas sustancias.

En el capítulo VIII, *Colocación de paquetes permanentes* (pp. 315-334), los autores describen el proceso de inserción de paquetes permanentes tras la retirada de los temporales. El cráneo se rellenaba parcialmente con resina, vendas de lino u otros materiales, mientras que la cavidad corporal se llenaba con una mayor diversidad de materiales. Esta se podía rellenar parcial o completamente, siendo el relleno completo el más habitual. Los autores clasifican los materiales de relleno en tres grupos: resina, lino y materia granular, esta última compuesta generalmente por tierra o serrín. A continuación, se detallan las características de estos rellenos con múltiples ejemplos especificando su cronología. El capítulo concluye con un breve epígrafe sobre otro tipo de paquetes, específicos de Reino Nuevo y que se extendieron al Tercer Periodo Intermedio y al Periodo Tardío. Estos paquetes tenían una función estética para acentuar los rasgos anatómicos del cuerpo, colocándose en diversas partes tras su desecación para producir un efecto realista. Se

ubicaban en el cuello, boca, nalgas, piernas y flanco abdominal. Se rellenaban con serrín, lino, resinas y barro.

La posición del cuerpo una vez finalizados todos los procesos anteriores se explica en el capítulo IX, *Colocación del cuerpo* (pp. 335-386). Los autores abordan la disposición del cuerpo como un reflejo del respeto y la intención de los enterradores hacia el difunto. La postura del cuerpo en el momento del entierro es de gran interés antropológico, ya que proporciona abundante información sobre las circunstancias de la muerte, posibles alteraciones de la tumba, modificaciones del cuerpo y reutilizaciones de las sepulturas. El capítulo nos ofrece un análisis detallado de la colocación de cada una de las partes del cuerpo y como ésta ha evolucionado a lo largo de la historia del Antiguo Egipto. Se dedica una sección específica a las posiciones de individuos infantiles; fetos, recién nacidos y subadultos en cada periodo. El capítulo concluye con la discusión de posiciones anómalas debido a patologías sufridas en vida, destacando el caso de una mujer que sufrió un ictus en la adultez, lo que provocó una posición un tanto peculiar del cadáver (momia 6833, Proyecto Djehuty, Tercer Periodo Intermedio, Dinastía XXV).

El último proceso abarca el envoltorio del cadáver, descrito en el capítulo X, *Vendaje de la momia* (pp. 387-417), que comenzaba el día 35 y, según Heródoto, era exclusivo de la modalidad más costosa. En este capítulo, se detalla las características del material más usado en el vendaje, el lino, destacándolo como el material más utilizado en época faraónica, no solamente para el vendaje, sino también para el uso cotidiano. Además, se examinan las características de la planta de lino, su producción, uso y tramado para la confección de las telas. Se discuten, en otro epígrafe, los tintes, sus tipos, producción, confección y uso. El capítulo también abarca el proceso de vendaje, las características de las vendas, tiras de sujeción, sudarios utilizados para cubrir todo el cuerpo, y los paños exvotivos. Los autores finalizan explicando la evolución del proceso del vendaje en la historia del Antiguo Egipto, desde época predinástica (4400-3000 a.C.), cuando la momificación se realizaba de manera natural, y donde los cuerpos se envolvían en pieles de gacela o cabra, sin vendaje, hasta la sofisticación del envoltorio en época romana, que destacaría por la creación de patrones geométricos en el vendaje como elemento característico. Por último, dedican un epígrafe especial a las vendas con inscripciones que, si bien en Reino Medio empiezan a documentarse, sería en Reino Nuevo cuando se extendería su utilización con textos del *Libro de la Salida al Día* (Libro de los Muertos).

En el capítulo XI, *Amuletos y adornos* (pp. 419-455), los autores nos introducen en todas aquellas cuestiones relacionadas con los amuletos encontrados entre los vendajes de las momias, los cuales poseían mayormente un significado apotropaico, es decir, proporcionaban protección contra peligros específicos y otorgaban características especiales como salud, fiereza y fuerza. Se describen, además, la utilidad, las características y los materiales con los que estaban confeccionados. Los autores clasifican estos amuletos, siguiendo la historiografía, en varios tipos; los amuletos *teofóricos*, que representan deidades y animales sagrados; los amuletos de asimilación, cuya función es defender al difunto del mal de ojo y adquirir cualidades específicas, se suelen representar partes del cuerpo humano y animales; los amuletos de poder, que representan objetos inanimados relacionados con la realeza, como coronas, cetros, cobras y esfinges. Entre estos se encuentran otros como los símbolos *nefer* y *heqa*, y que proporcionaban ciertas cualidades y estados. Los amuletos de propiedad, que simbolizan ofrendas y elementos de ajuar funerario (*ushebtis*, peces, tablillas para escribir, reposacabezas, etc.) y, por último, los amuletos de protección, divididos en formas animadas (animales como hipopótamos, escorpiones, escarabajos...) e inanimadas (Ojo de Horus/*wadjet*, lunas crecientes...). Seguidamente, presentan

una evolución cronológica de estos amuletos en la Historia del Antiguo Egipto, para finalizar el capítulo con aquellos amuletos más frecuentes en los restos momificados y los adornos y las joyas.

Uno de los capítulos más interesantes de este libro son las prótesis, así el capítulo XII, *Prótesis para la otra vida* (pp. 457-539), nos presenta uno de los fenómenos más singulares en el proceso de momificación, la elaboración de prótesis que sustituían partes ausentes en los difuntos o bien recolocaban y reforzaban las posturas en afán de reconstruir el cuerpo en el mejor estado posible, siendo este, como ya hemos dicho, uno de los principios fundamentales de la momificación egipcia. Los autores han clasificado estas prótesis en varias categorías: prótesis para sustituir a miembros o partes del cuerpo desaparecidos, prótesis dentales y, por último, correcciones en la postura de la momia. Esta última a su vez la dividen en varias subcategorías como corrección de la postura sin artefactos, utilización de palos fuera del cuerpo de la momia, utilización de palos en el interior del cuerpo y utilización de artefactos no confeccionados de madera. Estas categorías las explican a través de ejemplos bien documentados y estudiados.

Para finalizar en el capítulo XIII, *Evolución de la momificación* (pp. 541-559), los autores recogen a modo de resumen la evolución del proceso de momificación desde la etapa predinástica hasta época romana, lo que supone un capítulo esencial para futuras investigaciones a la hora de intentar inferir cronologías a través de la momificación. En este capítulo, dividido en periodos, se recogen todos aquellos elementos que han sido definidos, analizados y estudiados a lo largo de los capítulos previos. En resumen, las categorías son la posición de la momia (cuerpo, brazos y piernas), la evisceración, los equipos canópicos, la extracción del cerebro, el tratamiento de los ojos, el uso del natrón, el uso de resinas, tipo de vendaje y, por último, amuletos. A partir de Reino Nuevo se recoge una nueva categoría, otros, donde se incluyen cuestiones que no entrarían en las otras como, por ejemplo, si las momias presentan depilación o por el contrario están peinadas, restauraciones posteriores, prótesis, entre otros.

El libro recoge al final la bibliografía (pp. 561- 605), con más de quinientas referencias bibliográficas, y un anexo final (p. 607) con la cronología utilizada a lo largo de la monografía y que corresponde con la recogida en la edición de Ian Shaw, *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford, 2000.

Álvaro Sánchez Climent
Universitat Autònoma de Barcelona

C. Kühne-Wespi/J. Fr. Quack (eds.), *Ancient Egyptian Rituals Against Enemies*, *Orientalische Religionen in der Antike* 56 (Tübingen, 2024), V-XIV, 1-199, pl. 1-10, ISBN: 978-3-16-162543-5

Die hier zu besprechende Publikation veröffentlicht die Beiträge zum Workshop „A Closer Look at Execration Figurines“, der im Jahr 2017 an der Universität Heidelberg veranstaltet wurde. Das Oberthema besteht aus den altägyptischen Ächtungsritualen. Der Inhalt des Bandes richtet sich nach folgendem Schema:

J. Fr. Quack untersucht Hinweise auf Feindrituale im „Buch vom Tempel“. Die Materialien im Abschnitt über die 12 Stunden stehen den Feindvernichtungsritualen nahe (4). Die Beteiligung von Schreibern des Gottesbuches an Vernichtungsritualen findet Parallelen in Edfou III, 349, 5 und pLouvre N 3176 (S) (5). Der „*ḥnt.ti*“-Schlachter taucht auch als Hauptakteur im Ächtungsritual Esna 199 auf (8).

A. D. Espinel beschäftigt sich mit dem Ächtungstext Museu Egipci de Barcelona, E 618 (=Tafel A, Séries VII). Die linke Kolumne enthält vielleicht nicht drei, sondern nur zwei Frauennamen (16).

A. van der Perre geht auf die rituelle Bestattung von Ächtungsfiguren im Mittleren Reich ein. Die klarste Beschreibung des Feindvernichtungsrituals des Mittleren Reiches zeigt sich in CT 37 (22). Die Bestattung der Ächtungsfiguren Royal Museum of Arts and History/Brüssel E. 07493b, E. 07494b, E. 09101 weist keine Spuren von intentioneller Zerstörung auf (22).

T. L. Finlayson wendet sich dem Konzept der Umhüllung in Ächtungsritualen zu. Die Erklärung der Wahl des Steines für die Figuren der Feinde mit dem Wunsch nach der Erhaltung der Gegner (38) führt das Ganze ad absurdum, eher haben künstlerische Gründe eine Rolle gespielt. Die Behälter der Tura/Atfih-Gruppe unterscheiden sich durch die rechteckige Form mit halbrundem Ende von den Schlammsarkophagen der Lischt-Gruppe (38).

J. Fr. Quack widmet sich einem vermeintlichen Behälter für Ächtungsfiguren in pBremner-Rhind. Das früher „*hn*“ „Behälter“ gelesene Wort muss wahrscheinlich richtig „*rś.t*“ „Rebell“ heißen (58). Die erschlossene Bedeutung „Figur eines Rebellen“ für „*šbi*“ (57) ist unnötig, der Sinn lässt sich auch mit der alten Bedeutung „Rebell“ retten.

C. Kühne-Wespi diskutiert Rituale gegen Feinde im 1. Jtsd. v. Chr. Das „Buch zum Schutz der Gottesbarke“ bildet das beste Beispiel für den Schutz gegen feindliche Mächte (67). Das Ritual gegen Feinde auf pLouvre 3129 (B 39-E 42) aus dem 4./3. Jhdt. v. Chr. gehört zu den wichtigsten einschlägigen Textzeugen (68). Die Übersetzung von „*iri.t n pr Wsir*“ sollte wegen des ernst zu nehmenden „*n*“ statt „which is performed in the temple of Osiris“ (69) besser „which is performed for the temple of Osiris“ lauten. Die Textberichte zur Feindvernichtung besitzen Parallelen zu ikonographischen Darstellungen auf Tempelwänden (77). Die typische Ächtungsfigur des 1. Jtsd. v. Chr. besteht aus einem Gefangenen in gefesselter Position (80). Die bestbekannte Gruppe von Ächtungsfiguren des 1. Jtsds. v. Chr. stammt aus Tell Dafana (80).

U. Matic handelt über menschliche Überreste in Ächtungsgruben in Mirgissa und Tell el-Daba. Die menschlichen Skeletteile aus dem Mirgissa-Depot wurden vielleicht sekundär eingebracht (108). Die Bestimmung der Skeletteile aus der Grube L 1055 in Ezbet Helmi als nubisch bleibt zweifelhaft (110). Die Kinderbestattungen der Grube in Tell el-Daba sprechen gegen die ausschließliche Nutzung als Soldatenfriedhof (113).

A. D. Espinel betrachtet die Darstellung des Rituals in den thebanischen Gräbern TT 11 und TT 20. Der explizite Hinweis auf die Bedeutung „neben, an der Seite von“ von „*hr-gś*“ (132) erübrigt sich. Die Strangulierung der nubischen Feinde kommt nur in TT 11 und TT 20 vor (135). Der Vergleich der Exekution der Nubier mit der Fluchformel in Gräbern des Alten Reiches (135) hinkt in mehrfacher Hinsicht. Die Szene in TT 11 und TT 20 hängt vielleicht mit dem Tekenu-Ritual zusammen (140).

V. Michel bietet Gedanken zu Gemeinsamkeiten und Unterschieden zwischen Ächtungs- und Fruchtbarkeitsfiguren. Die Fruchtbarkeitsfiguren tragen im Gegensatz zu den Ächtungsfiguren selten Aufschriften (170). Die Autorin verliert sich in viele Details und kommt zu wenig auf den eigentlichen Punkt.

Indices (187-199) und Tafeln (1-10) mit Farbaufnahmen ausgewählter Stücke beenden das Buch.

Die folgende Bewertung trifft auf das Buch am besten zu: Das Urteil fällt im Ganzen durchaus wohlwollend aus. Die Inhalte werden dem Leser meist verständlich nahe gebracht. In bestimmten Einzelfragen gibt es allerdings Anlass zu leichter Kritik. Die strittigen Aspekte wurden oben vermerkt. Die Lektüre bleibt dennoch empfehlenswert.

Stefan Bojowald, Bonn